

El Progreso

Ilustrado

Año I

Periódico decenal, literario, ilustrado.

Núm. 3.º

SUMARIO

TEXTO

LO QUE PASA

por A. Sánchez Pérez.

HERIDA DE MUERTE

por Luis de Ansorena.

UNA GRAN FAMILIA

por Carlos Frontaura.

PALIQUE

por Clarín.

PACOTILLA

por José Estrañi.

MINUDENCIAS

GRABADOS

A CUERPO GENTIL

por Pellicer.

¡CLAC!

por Mecachís.

FIN DE TEMPORADA

por Huertas.

PARODIAS

por Cilla.

A cuerpo gentil, por Pellicer.



—Y tendrán sus capitas colgadas en casa...
—Y bien que habrán almorzado...



MADRID 21 DE MARZO DE 1890

LO QUE PASA

Hemos quedado, lectores de mi alma,—ó de mi *ánima*, que de ambas maneras puede decirse, y esta segunda tiene cierto sabor-cillo académico que seduce,—hemos quedado, vuelvo á decir, en que no hablaré en estas crónicas, ó revistas, ó reseñas (ó lo que ellas fueren), de asuntos demasiado tristes; y cuando digo que hemos quedado, debe entenderse que he quedado yo, pero dando por supuesto que así interpretaba los deseos de ustedes. Permitaseme, pues, que nada diga de un suicidio que ha dado mucho que hablar hace algunos días, y cuyos pormenores han sido leídos con gran interés y con emoción verdadera, no solamente por lo que el hecho tenía en sí mismo de conmovedor y de interesante, sino porque ¿á que ocultarlo?... de cada cien lectores, habría unos noventa que se encontraran hoy, ó se habrán encontrado ayer, ó temerán encontrarse mañana, en caso parecido, si no idéntico... porque, créanme ustedes, ó no me crean, esto anda muy desquiciado, y el desequilibrio viene de arriba y se extiende más y más de un momento á otro.

Los que podrían evitarlo no se cuidan de hacerlo, porque, como ellos dicen: «esto va muy mal, es exacto; pero al fin, por muy poco que dure, ya durará más que nosotros, y lo que suceda después nos tiene sin cuidado,» razonamiento con el que plagian el famoso *après moi, le déluge*, de un monarca tan grande y tan simpático como casi todos los monarcas suelen serlo, y más simpático y más grande que algunos; como que fué quien preparó la Revolución francesa; aunque sin saber lo que hacía, por de contado; pues esto de preparar revoluciones sin saberlo ha sido cosa muy frecuente en los monarcas.

Pero *pau!o minora canamus*; quiero decir, que debemos hablar un rato de Cánovas, el cual no es monarca todavía, aunque poco le falta; pero como rey absoluto hace y deshace, manda y dispone en asuntos de su partido; por supuesto que no lo hace por él, ni por soberbia, no, señor; todo lo hace por conservar la disciplina de sus huestes.

En realidad, la partidos políticos, cuerpos beligerantes al fin, han menester organización perfecta y disciplina vigorosa, requisito sin los cuales el partido no sería partido, y si solamente escuela filosófica, ó política, ó económica, consagrada á la difusión y propaganda platónica de sus principios; pero sin posibilidad de llevar esos principios desde la teoría á la práctica. Sin embargo, el empeñarse en conservar esa disciplina creo que no autoriza á nadie, por muy jefe que sea, á proceder con un compañero como Cánovas procedió con Jove; «es cuestión de temperamento», contestan los amigos de D. Antonio cuando esto se los dice: sí, lo será, si ustedes quieren que—variando á las cosas los nombres—se llame ahora temperamento á la poca educación y á la mala crianza. Lo cual, entiéndase bien, no quiere decir que yo considere al jefe del partido conservador hombre de poca educación ó mal criado, sino que en los dimes y diretes con Jove y Hevia lo parecía, diga lo que quiera el Sr. Castelar, que es también aficionado á excomuniones, y cuando trata á sus vasallos parece un si es no es desatento.

Pero con unas cosas y con otras, pongo en olvido el suceso de las economías... que, aun sin prescindir de la excomunión de Jove, ha sido el acontecimiento más grave de la decena. Las Cortes, mejor dicho, el Congreso de los Diputados, ha dispuesto que sean suprimidas veinte Audiencias—no ha dicho cuáles, eso no;—de suerte que, como dice el vulgo, la pelota está aún en el tejado. Tanto está en el tejado, que ahora se va á nombrar una junta para que estudie el modo de realizar esa supresión; de manera que, como decía el cura tartamudo, para rato tenemos.

También soy yo partidario de las economías, pero no de las que lo parecen y no lo son. Conocí á un sujeto, y vaya de caso, que por economizar algunos duros que costaba un abrigo, anduvo todo un invierno en traje de verano y á cuerpo... gentil. Él, sí, economizó las pesetas que pudo costarle una capa; pero *atrapó* una pulmonía que poco faltó para que Dios ó el diablo se lo llevara, ó no se lo llevara nadie; pero, vamos, se muriese del todo. Por fortuna para él, solamente se murió á medias, y entre médico, botica, suspensión de sus trabajos ordinarios y demás inconvenientes de la enfermedad y de la convalecencia, gastó el céntuplo de lo que le hubiese costado un

traje completo de abrigo, y quedó además lesionado del pulmón para toda su vida. Declaro á ustedes que economías de esa clase no las quiero, y tengo para mí que no debe quererlas nadie; y declaro *aún* que si me dan á elegir entre economizar mucho y trabajar poco, ó trabajar más y economizar menos, opto por lo segundo. Porque, la verdad, ese afán de economías puede llevarnos á la anulación completa de la colectividad y del individuo, y para poca salud vale más no tener ninguna; para vivir privado de alimentación sana, de casa cómoda, de abrigo bastante y de recreo del espíritu, es mejor morir.

Ahora, por ejemplo, los que en el asunto de las Audiencias han sido derrotados, dicen que harán y acontecerán, y que van á suprimir hasta las ventanas á las calles; hay quien asegura que se aplacarán mucho, pero por el pronto ya han economizado 35.000 pesetas de una sección de *reformas legislativas*. Verán ustedes cómo acababan por suprimir, no arzobispados, que hay muchos, ni obispados, ni capitanías generales, sino las obras públicas, los institutos, las universidades... y hasta el gas del alumbrado. Y nada quiero indicar de la lista civil, para que no me digan ustedes que asomo la oreja.

Aunque en eso de asomar la oreja, algo podría decirse al diario monárquico en el que he hallado la noticia siguiente:

«Días pasados se presentó en la alcaldía de Málaga un anciano desfilado pidiendo por favor su ingreso en el hospital. Examinados que fueron sus papeles, resultó ser Francisco Vicario, que obtuvo hace años el primer premio otorgado á la virtud por la reina doña Isabel II por sus obras de caridad.»

¡Pobre Vicario! Virtuoso, caritativo... premiado y... muriéndose de hambre... ¡Cómo recuerdo ahora la moraleja de aquel poeta impío:

«Dios premia al bueno; pero viene el malo,
le quita el premio y le administra un palo!»

Sea todo por Dios y hágase su santa voluntad. Amén.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

HERIDA DE MUERTE

I

—¿Por mi hijo la patria? ¡No!—
rugió el famoso Guzmán,
y su cuchillo arrojó
á las plantas de don Juan.
—Y—¡vuestra amenaza—dijo—
á mi deber no esclaviza!...
¿El hijo ó la plaza?... ¡El hijo
y que se salve Tarifa!
¡Inmolad á ese ángel puro
sin ninguna compasión!...
¡Cuando subáis por el muro,
yo os buscaré el corazón!—
Golpeó el héroe su frente
con furioso frenesí,
y, oyendo una voz doliente,
lanzada á un paso de allí,
volvió la altiva cabeza,
vió exánime á su mujer,
y con profunda tristeza
murmuró:—¡Si es mi deber!—

II

Pasó un día y otro día
viendo Guzmán con dolor
que su esposa se moría,
sin que pudiese su amor
darle un punto de consuelo
ni un solo instante de calma...
¡Alma que miraba al cielo
por la atracción de otra alma!

Y al fin, un día, abrazando
á su esposa con pasión:
—Vamos,—la dijo:—¿hasta cuándo
va á durar tal situación?
Antes, dulce y cariñosa,
cifrabas tu dicha en mí...
Ya no pareces mi esposa...
¡Ya tu cariño perdí!...
¿Es que no adviertes mi afán?
¿Ya mi amor has olvidado?—
—Si que te quiero, Guzmán...
¿Mas no ves que me has matado?
Cuando estaba mi hijo preso
y entre recias ligaduras,
Guzmán, condensé en un beso
mis más supremas ternuras,
mis afanes, mis amores,
mis esperanzas, mi fe...
¡era un manojo de flores
el beso que le tiré!
Iba en él la compasión
por su destino fatal...
¡iba en él mi corazón!...
Brilló entonces tu puñal;
fueron al mismo destino,
y el puñal fué tan cruel
que al hallarse en el camino
mi corazón, se hundió en él...
Fuiste conmigo leal
siempre y cariñoso... es cierto...
¿Mas quién saca este puñal
de un corazón que está muerto?—

LUIS DE ANSORENA.

UNA GRAN FAMILIA

I

Fabián, mi amigo y condiscípulo, era un buen muchacho en aquella dichosa época en que ambos estudiábamos lo menos posible, y formábamos parte de la Sociedad dramática *La Talía Española*, domiciliada en unas cocheras de la travesía del Conservatorio, convertidas en teatro, no tan lujoso y amplio como el Real, pero decentito en su clase. En aquel teatro, la mencionada Sociedad

daba funciones todos los domingos, sufragándose los gastos de alquiler del local, copias, música y alumbrado con el importe de las acciones por que estaban suscritos los socios, con opción por cada una de ellas á tres billetes, mediante el pago de una peseta, con lo cual se había puesto el arte escénico al alcance de todas las fortunas. Allí representábamos con preferencia los dramas del repertorio de aquel tiempo, y sólo como fin de fiesta nos permitíamos alguna que otra piecilla del género andaluz, porque Fabián, que era el primer actor, gustaba de alegrar al público, interpretando un papel de gitano marrullero, después de haberle hecho llorar y estremecer de espanto en el drama. El prestigio de Fabián era grande entre los habituales concurrentes al teatro donde lucía su garbo, y sobre todo la parte femenina del público le miraba como á un ser superior, no sólo por su habilidad en el arte dramático, sino por lo gallardo y recio de su figura, lo insinuante de sus ojos y el gentil desembarazo con que vestía los trajes de las diversas épocas, que le facilitaba un alquilador de la calle de Tudescos.

Reservado y discreto, negaba Fabián sus *buenas fortunas* con el bello sexo; pero, cosa de muchos sabida era que más de una viuda

de buen ver, y más de una solterona bien acomodada, le daban citas misteriosas, sin duda para contemplar de cerca á quien desde la escena las había hecho experimentar tan diversas y profundas sensaciones. Y sucedió que entró á formar parte de la Sociedad dramática una hermosísima joven, que la noche de su presentación dejó con su espléndida hermosura suspensos de asombro á todos los espectadores; pero todos convinieron en que, como artista, era menos aventajada y digna de admiración que como mujer. Había entrado á reemplazar á la primera dama titular, que se hallaba en meses mayores, y no era ya, mientras no saliera de su cuidado, la figura más á propósito, vista de frente ó de perfil, para representar niñas inocentes, jóvenes candorosas, aunque enamoradas, y doncellas perseguidas por follones y malandrines. Ya una noche, representando el papel de una tierna colegiala, habíase producido un rumor muy significativo cuando Fabián la hacía en armoniosos endecasílabos una explicación del amor, y ella se hacía de nuevas, y el marido, que tenía malas pulgas y tocaba el redoblante en la orquesta, quiso desafiar á los que se reían, y costó mucho aplacarle y convencerle de que no podía menos de extrañar á cualquiera, por buena volun-

¡Clac! por Mecáchis.



Pues, señor, me han hecho un bonito sombrero; pero no es clac, y yo hubiese preferido un clac.



¡Demonios! ¡Cuánto siento que no sea clac!... ¿A que voy y lo cambio por un clac?



¡Clac!

tad que tuviera, que una señora en estado tan interesante necesitara explicaciones, en verso ni en prosa, de lo que es amor.

La joven *debutante* sí que estaba en disposición de recibir lecciones de amor; y aunque Fabián se las dió desde el primer día, alternando las de esta materia con las de declamación, no recibió éstas con tanta facilidad como las otras, y siendo lo más sosa y deslabazada en la escena, fué viva, despierta y arriscada como pocas en lo del enamoramiento, y lo tomó con tanto calor, que hubieron de notar el suceso las cotorronas enamoradas del galán á quienes éste abandonaba cruelmente, y pronto propalaron el devaneo de la aficionada que había reemplazado á la primera dama, y pusieronla de oro y azul, llegando en la inquina contra ella y en su deseo de venganza contra Fabián, que las desdafiaba, á decir una de aquellas, lengua de hacha, que pronto la bobalicona de la primera dama suplente tampoco podría representar doncellas ni colegialas. Supo tan grave acusación el padre, un retirado que todos sus grados decía haberlos ganado á fuerza de puños, y una noche después de la función cogió á Fabián por su cuenta, y le dijo que, ó se casaba con su hija, ó le ahogaba. Fabián, por miedo á su padre, ó por ser hombre de conciencia, se manifestó conforme con el primer extremo de la intimación, y se casó, con lo que la Sociedad dramática, que ya había logrado cierta notoriedad, sufrió una crisis grave y precursora de su muerte, porque Fabián se retiró de la escena, el contingente de socios disminuyó notablemente, no hubo galán y dama que ocuparan dignamente los primeros puestos, y después de vanas tentativas para reorganizar la compañía fué preciso desistir, y se cerró el teatro, donde tantos triunfos de todo género había logrado mi amigo, y se disolvió para siempre la Sociedad, de la

cual, si no salieron eminencias y glorias del arte, salieron varios bodorrios y sinnúmero de líos. Allí, donde había vibrado en los corazones de las tiernas doncellas y de las sensibles jamonas la incomparable salmodia de los versos de Zorrilla y de García Gutiérrez; donde el amor había hecho tan considerable estrago, y donde tanta señorita *cursi* había soñado, en los entreactos, con pajes y trovadores, intrépidos estudiantes y guerreros invencibles, volvieron á resonar los relinchos de los caballos y los rebuznos de los cocheros, porque volvió el local á su primitivo destino de cochera y cuadra.

II

¡Pobre Fabián! Se casó tan joven, obligado por el suegro y por la conciencia, y gracias á la buena voluntad de su tío, que tenía muchas relaciones, obtuvo un modesto destino en Hacienda, con lo que abandonó los estudios, siguiendo en esto el dictamen del suegro, que le decía: —Te has casado, y tienes que mantener á tu mujer y lo que venga, y necesitas un sueldo seguro y que de cuando en cuando tengas quien te empuje para arriba. Antes de los nueve meses, bastante antes, ya era padre Fabián, y á los dos años ya tenía tres, porque el segundo parto fué doble, y á los dos lustros de casado sumaba ocho: cinco niñas y tres varones. Su mujer enfermó, no podía menos, y ya no tuvo otro vástago hasta cuatro años más tarde, cuando ya no le esperaba Fabián, y no fué el último, porque el año siguiente vino al mundo otra criatura, la postrera. Los ascensos en su carrera no vinieron tan de prisa como los hijos, y aquel buen mozo del teatro casero, bajo la pesadumbre de las graves obligaciones de padre de familia, perdió toda bizarria y toda elegancia,

y pasó los mayores trabajos para criar tan larga prole, quemándole la sangre nodrizas y niñeras, y llegando en el orden y la economía á lo increíble, á lo sublime; porque con los cuarenta duros de paga mensual que tuvo mucho tiempo, y luego cuarenta y cinco, y después cincuenta, era imposible que pudiera salir adelante, á no haber hecho esos milagros que sólo puede hacer en el mundo el amor paternal. Fabián no fumaba, aunque le gustó mucho fumar; no entraba en un café, á no ser para salir por la otra puerta á otra calle; y á pesar de sus aficiones, no iba jamás al teatro. El aprendió á hacer zapatos para los chicos, con lo que ahorra las hechuras; él se componía sus botas, haciéndolas durar lo imposible; él guisaba cuando se le iba la fiera de la criada, que se le iban todas cuantas recibía por no poder aguantar á los niños, y, sobre todo, por no haber en aquella casa manera de sisar, porque el amo, según decían las pobres chicas, era un cominero, cicatero y escamón, que por un ochavo que faltase armaba un escándalo y las amenazaba con llevarlas á la cárcel. Como su mujer estaba siempre consagrada al cuidado de las criaturas, y casi siempre delicada de salud, el bueno de D. Fabián la sustituía en la dirección de la casa, y luego que los chicos fueron creciendo, él los enseñaba á leer y á escribir, y les explicaba á su modo, es decir, abominablemente, la religión, la historia, la gramática; y en vez de contarles cuentos, que no sabía, les recitaba largos parlamentos de los dramas que en tiempo más dichoso había representado. No le quedaba, después de subvenir á las necesidades de tan larga familia, para enviar á sus hijos á los colegios ó pagar profesores que en casa les enseñaran, y por eso les enseñaba él mismo, y de varias materias se veía en la precisión de aprender antes las lecciones que luego les daba; pero de todas suertes, nada malo podían aprender de su padre, á no ser algunos de los versos que les declamaba.

III

Pasaron así los años, y sostuvo Fabián sus obligaciones heroicamente sin entraparse, pero sin que le sobrara jamás un céntimo el 31 de Diciembre. Las muchachas eran mujeres, y los chicos andaban ya detrás de las chicas de la vecindad: Fabián y su mujer pensaron que era urgente casar á las muchachas y colocar á los chicos. Uno de éstos tenía afición, como la tuvo su padre, al arte dramático; otro mostraba buenas disposiciones para la música; otro, muy hablador y osado, parecía cortado para la política, y otro no demostraba tener afición á ningún arte ni oficio, ni á clase alguna de trabajo mental ni manual. Estos jóvenes, á quienes ya no se podía sujetar en casa como cuando eran pequeños, salían solos á la calle, expuestos á los peligros de las malas compañías, y el pobre Fabián, que era un hombre de bien, temía, con fundamento, que sus hijos fueran unos pilletes. A las muchachas no las podía llevar al teatro ni á la sociedad; los medios de que disponía no le permitían hacer gasto alguno extraordinario. Era, pues, preciso que sus hijos todos se divirtiesen dentro de casa, puesto que no le era posible procurarles diversión en otra parte. Y para esto, entraron Fabián y su mujer en relaciones con los vecinos, que también tenían hijos del uno y del otro sexo, y éstos y los de Fabián contrajeron amistad tan fácilmente como se hacen las amistades en la juventud, y todas las noches hubo reunión en casa de Fabián, y así estuvieron entretenidos todos, y Fabián y su mujer vieron ensancharse considerablemente el círculo de sus relaciones, porque á los vecinos de la misma casa se unieron luego los de la casa de enfrente, y después los de la inmediata, y, por último, unos y otros presentaron amigos procedentes de otras varias, con lo que la distracción que Fabián deseó procurar á su prole adquirió proporciones que él no había soñado.

Fuí yo algunas noches á casa de Fabián, y quedé en verdad maravillado de ver tan grande concurrencia, y tan animada. Había allí una nube de señoritas guapas, regulares y feillas, todas risueñas y bulliciosas, y del sexo feo ejemplares en buen número, muchachos elegantitos, y otros más modestos, con los pantalones cortos y los botitos descosidos, unos de levitilla, otros de chaquet, algunos de chaqueta, y uno de frac y corbata blanca, que era, por cierto, el más esmirriado de todos, dos cadetes del Colegio de Toledo, un alférez, y hasta un teniente de caballería, que dejaba el sable en el recibimiento. Presidía la velada la mujer de Fabián, acompañada de las mamás y tías de las amigas de sus hijas, y éstas y los muchachos jugaban á juegos de prendas con grande algazara. Y Fabián sentábase un momento y levantábase luego y se metía por allá den-

tro á despertar á la gallega, que les servía de estorbo, ó á vigilar á una de las chicas que, distraída sin duda, se había ido por el pasillo seguida del teniente. Y luego volvía, y tornaba después á salir, y nadie hablaba con él, á no ser alguna de sus hijas, que le decía:—«Papá, quítate de en medio, que vamos á bailar.»

Largo tiempo estuvo mi pobre Fabián persiguiendo la realización del piadoso pensamiento de casar á sus hijas, y como no eran feas y no tenían grandes pretensiones, todas tuvieron novios, y digo novios, porque fueron no pocos los que tuvo cada una, admitiéndolos con la misma facilidad con que luego los despedían, si no se despedían ellos, y algunos desaparecían sin despedirse. Cada semestre se renovaba el personal de tertulios en casa de Fabián. Los vecinos se mudaban á otro barrio, y esta circunstancia los alejaba de la amena reunión; otras familias se retraían por piques, chismes y cuentos, por si dijo Fulanita que la señora de D. Fabián había sido cómica, por si una de las hijas de este prolífico padre había querido quitarle el novio á la sobrina del cesante del cuarto bajo, que estaba deseando casarse, la sobrina, y por otra infinidad de motivos más ó menos graves. El caso era que en pasando algún tiempo sin ir á casa de Fabián, cuando volvía encontraba caras nuevas, otras señoritas de arriba, de abajo, de enfrente y de el lado, y otros donceles de vario pelaje, paisanos y militares, bien que éstos siempre de igual graduación: alféreces ó tenientes pelados.

Una noche, mientras los tertulios oían leer poesías abominables á un chico de Administración militar, me llevó Fabián á otra habitación y me habló de esta suerte:

—Amigo mío, yo no puedo más; no es posible que imagines lo que sufro. Tú creerás viendo esta animación, este contento, que hay en mi casa, que somos felices. Pues no, no lo somos. Mis hijas no tienen otro anhelo ni otro afán que casarse, y yo también lo deseo y lo procuro, pero ¡ay! hijo, ¡qué tarea tan penosa es la de la busca y captura del novio! Mis hijas han tenido ya no sé cuantos, pero aún siguen solteras, y gracias á que mi constante vigilancia ha impedido hasta ahora uno de esos percances que avergüenzan á un padre honrado y le hunden en la desesperación. No puedo más, te digo. ¿Sabes lo que haría yo ahora mismo? Pues ir á la sala y echar de mi casa á todos esos títeres que vienen aquí á decir sandeces á mis hijas, y al que lee los versos, pegarle dos pescozones, toda la cursilería de Madrid va á pasar por mi casa, y mi mujer y yo vamos á morirnos de tedio, dejando en el mundo diez seres desgraciados, que sólo Dios sabe lo que será de ellos. Con mi sueldo de doce mil reales soy el caballero más pobre que existe en Madrid. Ninguno de mis hijos gana un céntimo, y no pueden tener idea siquiera de los sacrificios que me impongo para que no vayamos todos como iban por casa Adán y su señora. Mis hijas no saben nada; sólo mal coser y zurcir; y de mis hijos, el que mostraba afición al teatro sólo ha logrado hasta ahora una contrata para hacer el Judas de *La Pasión* en Guadalajara, y el empresario, que estaba en relaciones con la moza de Pilatos, se escapó con ésta la tercera noche, y no pagó al resto de la compañía; el músico va al Conservatorio, y es el terror de las madres de las alumnas, á las que enamora con su osadía y poca vergüenza, progresando más en estas picardías que en el divino arte. Yo no debiera quejarme en puridad, puesto que soy el principal, el único responsable de lo que me sucede; pero me duele mucho, mucho, este grande infortunio, aunque lo merezca, de tener una prole tan numerosa y tan desventurada. Ahora comprendo que es preciso saber ser padre, y yo no lo he sabido ser.»

Tenía razón el pobre Fabián. Arrojar niños al mundo sin cuidar-se de que han de ser mujeres y hombres después, no es, en verdad, saber ser padre... sino hasta cierto punto.

Hacía mucho tiempo que no veía á Fabián, ni sabía nada de su familia, porque ciertamente no era muy agradable visitar aquella casa, donde todo era desorden y algazara, donde los niños siempre estaban de broma y de juego con amigas y amigos de su mismo linaje, y se advertía claramente, en medio de la aparente alegría, el desamor y la envidia, la holgazanería, la suciedad y la escasez. Hacía daño ver á los pobres padres sonriendo á aquellos novios de mala muerte, y comprender el afán de aquellas hijas por abandonar á sus padres. ¡Triste familia la de aquel buen mozo malogrado!

No hace un mes, cuando la epidemia hacía el mayor estrago en Madrid, recibí un aviso de la mujer de Fabián. Este acababa de morir. El desventurado, en medio del rigor del invierno, mal alimentado y sin abrigo, había adquirido la terrible enfermedad, y en pocas horas acabó de sufrir.

Fin de temporada, por Huertas.



LA NOCHE DEL BENEFICIO

La esposa estaba sola. De las hijas, cuatro se habían casado de golpe y porrazo, y se hallaban ausentes; otra se había escapado con un miserable, y la más pequeña había abandonado á sus padres para encerrarse en un beaterio. Los hijos también estaban ausentes; el uno con una compañía de la legua, el otro... en la cárcel, otro en Buenos Aires, y el último formando parte de una compañía de acróbatas.

Aquella mujer que conocí tan bella, aunque tan sosa y desgarrada, no era su sombra. De su hermosura no le quedaba ni el más leve rasgo, y su inteligencia se había nublado de tal suerte, que la infeliz presentaba ya los síntomas precursores del idiotismo.

Dos compañeros de la oficina de Fabián, y yo, le acompañamos al cementerio del Este. ¡Pobre padre!

CARLOS FRONTAURA

PALIQUE

Sólo porque el periódico en que ha de publicarse este artículo se llama EL POBRECITO HABLADOR me tiemblan las carnes, y siento ciertos escrúpulos de conciencia, como si fuera una profanación resucitar el nombre con que Andrés Niporesas firmó durante algún

tiempo sus sátiras. Le ocurre á cualquiera pensar lo de «Nadie las mueva.» Pero, bien mirado, nadie piensa en moverlas, y el día á este papel el título que lleva, supongo yo que no será sino un mulo de homenaje al recuerdo de Figaro.

El cual recuerdo no creo que vaya perdiéndose, como día á día entiendo doña Emilia Pardo Bazán, mi ilustre amiga, al asegurar en un artículo reciente de modas... literarias, lo que sigue: «Lanza, tan sabroso, tan vibrante, apenas logra que le hagan.» Creo que se equivoca la señora Pardo, y aunque ella se refiere al vulgo, ó, mejor, al público, aun así está lejos de ser exacta la afirmación. Aparte de que hechos de ese género, tan significativos y tan mistos, no daban curso por averiguados sino cuando se tenían parados, y aquí no habría más prueba que una estadística, pues los hechos no quilibram comunicados para declarar si leen ó no leen á Lanza; aparte de eso, yo opino, por lo que he podido observar, que Figaro es más leído, mucho más, que la mayor parte de los periódicos y aun pocas españolas de su tiempo. Y se explica; Figaro es mucho más moderno que la mayor parte de los escritores castellanos de su época, es más contemporáneo nuestro que algunos de su generación ó de la inmediata que vivan ó acaban de morir. Más hay; Figaro se parece también más á la mayor parte de nosotros por ser el primer escritor de cuenta que experimentó hondamente la influencia extran-

jera moderna, no ya en la forma literaria sino en el fondo de su espíritu, sobre todo en el elemento estético. De todas suertes, yo veo que Figaro es más citado, con pruebas de ser leído, en los círculos de personas medianamente cultas, y que la actualidad de su estilo y de sus mismas ideas, en parte, no pasa ni puede pasar pronto.

Pero dejo por hoy á Figaro, y sigo con doña Emilia Pardo Bazán, ya que incidentalmente la he citado. Esta señora, tan fecunda como discreta, acaba de publicar otro libro que es una especie de suplemento... con pararrayos (léase epílogo) á su *Torre Eiffel*.—No se trata de cosa nueva, sino de cartas ya publicadas en varios periódicos de España y América, algunos de tanta circulación como *El Imparcial*.—No importa; como doña Emilia, diga ella lo que quiera, siempre escribe con arte, sus colecciones de cartas y artículos sueltos siempre resultan libros verdaderos, y libros amenos y bien compuestos.

Debo advertir, para que no se sospeche que mis elogios son de amigo, que este es el primer libro que publica doña Emilia y no me envía; en lo cual veo yo una ruptura de relaciones literarias de que, en cierto respeto, no me pesa, porque la crítica y el amistad cada día me parecen peores compañeros, aunque, á decir la verdad, amigo de doña Emilia y todo, ya creo haberla dicho verdades como puños mucho antes de ahora. Pero en fin, como creo que de los escritos de tan insigne ingenio mucho más bueno que malo habrá que decir siempre, es preferible decirlo con toda libertad y sin que nadie pueda sospechar que el interés del afecto me guía... y me ciega.

De esta conducta mía para con las obras de la famosa paisana de Mari-Hernández estoy satisfecho, y la experiencia me enseña que debo estarlo. Si yo, por miramientos de mala clase, y va de ejemplo, me hubiera abstenido de advertir á la preclara escritora que el cle rigón que nunca á Dios llamaba bueno hasta después de comer, no era un canónigo del *Gil Blas* sino un cura de Tirso, y que lo que comía no era perdiz, sino capón; si yo no le hubiera hecho notar este pequeño error á doña Emilia, tal vez ella no hubiera reparado en él, y al reimprimir la carta que lo contenía, lo hubiera dejado en su libro *Por Francia y Alemania*. Pero no; modesta y hacendosa, doña Emilia retiró el lapsus, y acaso á mí ó á otro como yo que se lo señaló, se debe.

Lo que no retiró, ni retira, ni retirará, y piensa repetirlo en francés, es todo aquello que dijo del pucherete de los militares españoles, y de su suficiencia técnica, etc., etc.

Valga la verdad; la parte del epílogo que está consagrada á esta enojosa cuestión es una obra maestra de elocuencia, sinceridad, noble entereza, legítimo tesón, y si doña Emilia supiera hablar de Dios y los Santos y de los afectos más tiernos, como habla allí de su derecho, de miserias ajenas, de fueros literarios y de absurdas preocupaciones pseudo-colectivas, sería, no ya nuestra primera escritora, sino nuestro primer escritor.

(Vamos á ver doña Emilia, aquí, *inter nos*, ¿á que le saben á usted estos elogios ahora mejor que le sabían otros más ó menos entreverados que yo le dedicaba en otros tiempos? ¡Si cuando yo le digo que es mucho mejor estar así, *reñiditos*, y decirse todo, todo, claro, claro!)

Entiéndase bien que yo no alabo la *brutade* (así lo llama ella) en que doña Emilia aludió á nuestro ejército. Me pareció injusta, imprudente, inoportuna, etc., etc.; pero ¡y la *defensa nacional* de los militares anónimos, que, como doña Emilia dice bien, acaso no sean ni militares! Prescindamos, como la señora Pardo prescinde, de algunos discretos escritores que, dando su nombre, tuvieron algo que objetar en forma cortés á las injustas afirmaciones de la dama coruñesa; los demás merecen, á mi juicio, el desdén con que doña Emilia los trata, y no merecen que ella rectifique... á lo menos por ellos.

No pretendo ser paladín de nadie, pero sí aseguro que fué espectáculo poco agradable el ensañamiento anónimo con que se rechazaron las salidas poco pensadas de la ilustre viajera, y que el ser mujer la que había hablado de aquella suerte quitaba gravedad y carácter de punto de honra á la cuestión en cierto modo, y en cambio exigía miramientos de cierto género que por parte de algunos no ha habido. Además, como ya habrá advertido el Sr. Vidart,

militar de los que honran el uniforme, y como ahora con gran elocuencia y lógica repite la *agredida*, la *susceptibilidad* colectiva de los militares tiene que encerrarse, cuando se trata de censuras literarias, en muy estrechos límites, porque muy fácilmente toma aspecto de irritante imposición. Sin contar con que el valor colectivo, cuando se ha de emplear contra individualidades, es el que menos debe halagar á militares y paisanos y del que menos se debe hacer alarde, porque es un valor que se cuenta por quebrados.

Sin contar con que el ejército... no es del ejército, es de los españoles, y las injurias que á él se le hagan á toda España se le hacen; y tratándose de compatriotas, los militares deben tardar mucho en creer que se pretende deshonorarlos cuando de ellos algo desagradable se dice. Porque fácilmente el militar que supone injuriado al ejército injuria gravemente á quien de tal *traición* acusa. Insultar, de veras, al ejército, en la paz, es como pasarse al enemigo en la guerra...

Y perdone el lector si me he puesto un poco serio. Es que el epílogo de doña Emilia me ha entusiasmado de veras. Seme antoja interesante la situación de una mujer, gloria de su patria, que tan caro se quiso que pagara una ligereza de la pluma, innegable como ligereza... de una mujer, que tan *artísticamente* defiende sus fueros, que son de los más respetables que hay en el mundo: los fueros de una señora, casi casi, los fueros de una reina... de las letras.

Ahora, otra cosa son las picardías que doña Emilia escribe, en el artículo citado al principio, respecto de su plan absurdo y verdaderamente diabólico de que olvidemos todos á Zola durante unos veinte ó treinta años, que son los que ella calcula fríamente que podrá vivir. Esto es, no se hable más de él, hasta que reviente, como si dijéramos.

¡Pero, señora, eso es mala intención!

¿Le gustaría que no hablásemos más de usted?

¡Oh! no, no. Hablaremos. Y siempre que haga falta. Y para bien ó para mal, según los casos.

Por ejemplo: yo hablaré de sus *modas literarias* y de sus proyectos de *ostracismo* crítico, tan cruel como injusto. Sólo que otro día y en otra parte.

CLARÍN.

PACOTILLA

Vamos, que me da rubor y cierto miedo también al exhibirme aquí en EL POBRECITO HABLADOR.

No sé ni cómo empezar ni sé si estoy presentable. ¡Y me excitan á que hable!

¡De qué diablos he de hablar!

Yo, conforme con mi sino, vivía en dulce sosiego como en el campo el espliego, como Mansi en su destino,

como el tubo en el quinqué, como Gamazo en la Liga, como en el huerto la ortiga,

como en el Limbo Fabié, cuando por imposición mi dulce calma abandono y aquí estoy sin darme tono, pero con mala intención.

Yo soy callado de suyo, vamos al decir, de mío, y aunque de todo me río y ni á mí propio me excluyo, ninguno me vió ocuparme en murmurar de la gente, no por virtud, francamente, sino por no molestarme;

pero ya que se me saca de mi apacible indolencia, ¡voto á La Correspondencia que he de ser una matraca!

A los flacos y á los gordos voy á dar mucha fatiga.

¡Ya que á charlar se me obliga, juro que me oirán los sordos!

Saldrán aquí los astutos,

los avisados, los lelos, los que se abrasan de celos, los que se pasan de brutos,

y saldrán con sus esposas esos cándidos maridos que dejan los propios nidos por aventuras sabrosas,

y, ya su afán satisfecho, al volver de los arroyos, no ven que tienen dos hoyos las almohadas de su lecho.

Dire también, cuando quiera, cosas muy espeluznantes de todos los comediantes en la política esfera,

de los malos traductores, de los toreros miedosos, de los cargantes gomosos, de guardias y metedores,

de las astutas buseonas, de las recién manciñadas, de las mamás alquiladas y de las crueles patronas!

¿Queréis que hable por los eodos sin respetar jerarquías?

¡Pues á ser víctimas todos vais de mis *habladurías*!...

.....

Muchas voces: ¡Fuera!... ¡Fuera!

Yo—¡Si es hablar por hablar!

¡Hombre, de alguna manera me había de presentar!

Con que nadie me haga *chiss*

si mi programa le escama...

¡Ya es moda en este país no cumplir ningún programa!

Esa máquina que han inventado los norteamericanos para hacer tostadas con manteca, es de lo más superior que se ha visto desde que hay Villaverdes en el mundo.

A mí no hay quien me quite ya de la cabeza que el mejor día se inventa otra máquina para cazar, más maravillosa todavía que la de las tostadas.

El secreto del mecanismo estará en los perdigones.

De modo que el cazador tirará á una liebre, por ejemplo, y cuando vaya á recogerla, ó á cobrarla, como se dice cinegéticamente, se la encontrará ya estofada, con patatas y todo, ó con *champignons*, ó con lo que quiera.

¡Es decir, si no se la come antes el perro!

Pasó en Smirna el trancazo
un maestro compositor,
y ha escrito con ese nombre
una sinfonía *ad hoc*.
Será una cosa magnífica
oir los golpes de tos,
y la falta de apetito,

y la sobra de calor,
y los dolores de huesos,
y la precipitación
del pulso... ¡y las lavativas,
si es que también las tomó!
¡Vamos, que será una pieza
que hasta tendrá mal olor!

El otro día publicaba un periódico una efeméride muy importante, del año 1883.

La de la fecha en que el matador de toros Antonio Gil fué recibido en audiencia por el rey D. Alfonso, debiendo el diestro á esta visita la fortuna de ser colocado en el ministerio de la Gobernación.

Es un buen dato para la Historia.

¡A ver, que no se olvide ese *efemeridista* de apuntar que el día 1 de este mes estrené yo un pantalón á cuadros que me cuesta seis duros!

Parodias, por Cilla.



Sali loco... pasaba... le detuve...
seguimos caminando por la acera.
Dos hombres... una bolsa... dos espadas...
después... no sé... dos hierros que se estrechan...
pararse en quinta un golpe... herirle al cabo...
y hallarme en el bolsillo dos pesetas



La patrona á quien debo quince duros
por la calle pasó...
Hay que ha visto... me ha visto ¡y se ha callado!...
¡Hay que un Dios!

Y si no lo quiere creer, le mandaré la cuenta del sastre... para que la pague y se convenza.

¿Conque ahora está el Consejo
de Agricultura
una ley preparando
contra las plagas?
¡Pues que eso es suicidarse
se me figura,
porque los consejeros
pierden las pagas!

¡Donde está la escuela cordobesa!

El otro día se suicidó en la ciudad de los califas un individuo de profesión pañero.

Pero ¿cómo dirán ustedes?

Primero estuvo pasando de muleta á su sombra, al natural, de pecho, cambiándose y en redondo.

Después... después, cuando ya se vió cuadrado, sacó una pistola y... ¡pum! se pegó un tiro en la cabeza.

Vamos, que el hombre se haría la ilusión de que le daban la puntilla.

Y se marchó al otro mundo diciendo:

— ¡Né la verd!

Con fraseología ordinaria
un periodista de acá,
ensaya á la *Arrendataria*,
por el tabaco que da.
Es injusto al vacaquito,
y no lo comiénto ya;
como tabaco... si es malo;
¡pero como vacaquito, no!

Donde Bernabé

MENUDENCIAS

Como habrán visto nuestros lectores, desde el presente número contamos con la valiosa colaboración del ingenioso escritor D. José Estrada, y con la no menos valiosa del notable dibujante Sr. Rullman.

Libros: *El Puñal*, verso y prosa, con un prólogo de Camasquiña, por D. José Rodríguez La Orden. Precio: tres pesetas. — Sevilla.

Al Kahl por Don Bernardo, romance histórico, por D. Javier Sorayilla.

Cosas y casos, con un prólogo de D. Angel Cuamallo, por D. Enrique de la Riva. Precio: 0,50 pesetas.

Imprenta de Enrique Rullman, plaza de la Faja, 7 bis.

THE UNDERWRITING & AGENCY ASSOCIATION LIMITED

COMPUESTA PRINCIPALMENTE DE MIEMBROS ASEGURADORES DEL

Lloyd Inglés.

COMPAÑÍA DE SEGUROS MARÍTIMOS, FLUVIALES Y TERRESTRES

AGENTE APODERADO EN MADRID

JUAN COLL Y BRUSEL

Calle de Cedaceros, núm. 14, principal.

Esta acreditada é importante Compañía, efectúa toda clase de Seguros Marítimos y las remesas por correo, ferrocarril y transporte marítimo de toda clase de valores como *metálico, billetes de Banco, cupones, títulos de la Deuda, acciones* y cuantos documentos representen un valor. Las ventajas que esta Compañía ofrece á sus asegurados, tanto para el riesgo marítimo como para el terrestres, son las siguientes:

Economía en la prima del seguro. Responsabilidad de toda clase de riesgos, incluso el de robo, incendio, pérdida por accidentes á los trenes y buques y cuanto constituye fuerza mayor. Facilidad para efectuar los seguros. Facilidad para el cobro del valor asegurado en caso de pérdida.

El objeto de la Compañía al establecer Sucursal en España, es á mas de extender sus operaciones, facilitar á las numerosas personas que hasta ahora han asegurado en Inglaterra por medio de sus corresponsales, puedan efectuarlo directamente en sus respectivas localidades, ofreciendo á sus asegurados las ventajosas condiciones de la póliza conocida por LLOYD'S Policy y evitando así la dificultad que muchas veces se ha presentado de que algunos receptores ó banqueros no hayan querido aceptar giros contra *mercancías vendidas, costo flete y seguro*, á no ser que la póliza remitida sea la ya mencionada del **LLOYD INGLÉS**.

También asegura á las condiciones de las pólizas de las demás Compañías tanto nacionales como extranjeras, caso de ser preferidas por los asegurados. Los siniestros se pagarán en el punto que designen los asegurados.

MANUEL GONZALEZ

Armador, Carpintero y Ebanista.

Especialidad en peluche y mapas.

San Lorenzo, 4, bajo derecha, Madrid.

EL POBRECITO HABLADOR

PERIÓDICO DECENAL, LITERARIO, ILUSTRADO

Se publica los días 1.º, 11 y 21 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

España.

Trimestre.....	2	pesetas.
Semestre.....	3,50	id.
Año.....	6	id.

Ultramar y extranjero.

Año.....	12	pesetas.
----------	----	----------

PRECIOS DE VENTA EN ESPAÑA

Número corriente.....	15	céntimos.
Id. atrasado.....	25	id.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN EN MADRID

Librerías de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, y de D. Miguel Guijarro, Preciados, 5; *Kiosco Nacional*, Plaza de Pontejos, y *Administración de este periódico*, Apodaca, 7, segundo izquierda.

Pagos adelantados.

Horas de despacho: De diez de la mañana á una de la tarde, y de siete á diez de la noche.

Único representante para la venta en Madrid:

D. Emilio Braña y Navarrete, Plaza de Pontejos, *Kiosco Nacional*.

DOCTOR MONTES

MÉDICO-CIRUJANO

Caballero de Gracia, 56, principal.

Especialista en partos y enfermedades de los niños.

Horas de consulta: de 2 á 4.

Martínez y Torres.

COMISIONES Y CONSIGNACIONES

Calle de San Miguel, núm. 19, bajo izquierda.

«Northern» Assurance Company.

LONDRES-ABERDEEN

COMPAÑÍA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y SOBRE LA VIDA

ESTABLECIDA EN 1836

Premios incendios.....	£	615.000	} Año de 1889.
Id. vidas.....	£	203.000	
Intereses.....	£	149.000	
Fondos acumulados.....	£	3.581.000	

AGENTE APODERADO

JUAN COLL Y BRUSEL

Cedaceros, 14, Madrid.